

SEGUNDA PARTE



I

EN cuanto ocupó su sitio, en un rincón de la berlina, y la diligencia se movió arrastrada por los cinco caballos que escapaban á la par, se sintió sumergido en la embriaguez. Como un arquitecto que forma el plano de un palacio, arregló su vida de antemano, llenándola de delicadezas y esplendores, elevándola hasta el cielo. Una prodigalidad de cosas aparecía en ella, y tan profunda era aquella contemplación, que los objetos exteriores desaparecían.

En lo bajo de la cuesta de Sourdun, se apercibió del sitio en que se encontraban; todo

lo más que habían recorrido era cinco kilómetros, y se indignó. Bajó los cristales para ver el camino; preguntó muchas veces al conductor en cuánto tiempo, con exactitud, llegarían.

Al cabo se tranquilizó y permaneció en su rincón con los ojos abiertos.

El farol, colgado del pescante, alumbraba las grupas de los caballos de varas; no veía más allá sino las crines de los otros caballos que ondulaban como blancas oleadas; su aliento formaban una especie de niebla á cada lado del tiro; sonaban las cadenillas de hierro, los cristales temblaban en sus marcos, y el pesado carruaje, con paso igual, rodaba sobre el piso. Distinguiáanse á trechos ó los muros de una granja, ó una posada enteramente sola. A veces, al atravesar los pueblos, el horno de una panadería proyectaba resplandores de incendio, y la silueta monstruosa de los caballos corría por la otra casa de enfrente. En los relevos, cuando habían desenganchado, se producía un minuto de profundo silencio. Alguno pateaba arriba en la baca, mientras que en el dintel de una puerta, una mujer de pié resguardaba su luz con la mano. Y luego subíase el conductor al estribo y la diligencia se ponía suavemente en marcha.

En Mormans se oyó sonar la una y cuarto.

—Hoy mismo,—pensó—¡hoy mismo es, dentro de poco!

Pero poco á poco, sus esperanzas y sus recuerdos, Nogent, la calle de Choiseul, la señora de Arnoux, su madre, todo se confundía.

Un ruido sordo de planchas le despertó, atravesaban el puente de Charenton; era aquello París. Entonces, sus dos compañeros, quitándose el uno su gorra, el otro su pañuelo, pusieron los sombreros y hablaron. El primero, un hombre gordo y colorado, con levitón de veludillo, era negociante; el segundo venía á la capital para consultar con un médico. Federico, temiendo haberles molestado durante la noche, les pidió espontáneamente mil perdones: tan tierna llevaba el alma por la dicha.

El muelle de la estación se hallaba inundado, sin duda, y continuaron camino derecho, empezando otra vez el campo. A lo lejos, altas chimeneas de fábricas humeaban. Volvieron hacia el lado de Ivry, subieron una calle, y de repente vió la cúpula del Panteón.

La revuelta llanura, parecía vagas ruinas; el recinto de las fortificaciones hacía en ella un relieve horizontal, y sobre las aceras de tierra de uno y otro lado del camino, arbolillos sin ramas estaban defendidos por tablas herizadas de clavos. Establecimientos de productos químicos alternaban con canteros y almacenes de

maderas. Muchas puertas entreabiertas como las que hay en las haciendas, dejaban ver el interior de patios innobles llenos de inmundicias, con charcos de agua sucia en el centro. Grandes tabernas, color sangre de toro presentaban en su piso primero, entre las ventanas, dos tacos de billar en forma de aspa, encerrados en una corona de flores pintadas; y á trechos, una casucha de yeso, á medio construir, se veía abandonada; luego la doble hilera de casas ya no se interrumpía, y sobre la desnudez de sus fachadas, se destacaba de cuando en cuando, un gigantesco cigarro de hoja de lata, para designar un estanco. Muestras de comadronas, representándolas con su gorra, meciendo á un niño rollizo en una cólcha guarnecida de encajes. Cubrían anuncios las esquinas de las paredes, y desgarrados en sus tres cuartas partes, temblaban á impulsos del viento como guiñapos. Pasaban obreros de blusa, y carromatos de cervecedores, de lavanderas, de carniceros. Caía menuda lluvia, hacía frío, el cielo estaba pálido; pero dos ojos que valían para él lo que el sol, resplandecían detrás de la bruma.

Se detuvieron mucho tiempo en la carrera, porque hueveros, carreteros, y un rebaño de carneros, formaban impedimento. El centinela, con la capucha echada, se paseaba por delante

de la garita para calentarse. El dependiente de consumos subió al imperial, y sonó ruido de corneta. Se bajó el bulevar al trote largo, echadas las boleas, los tirantes colgando. La tralla del largo látigo crugía en el aire húmedo. El conductor lanzaba su sonoro grito: «¡Hala, hala, eh! y los barrenderos se alineaban, los peatones se hacían atrás, el barro salpicaba contra las portezuelas, cruzábanse carretones, cabriolés, ómnibus. Por fin, la verja del Jardín de Plantas se ofreció á la vista.

El Sena, amarillento, casi tocaba en los aleros de los puentes; exhalando cierta frescura que Federico aspiró con todas sus fuerzas, saboreando ese buen aire de París que parece contener efluvios amorosos y emanaciones intelectuales, y se sintió conmovido ante el primer coche de alquiler. Se encariñaba hasta con el dintel de las tiendas de vino, sucias de paja; hasta con la caja de limpiabotas, hasta con los mozos de los almacenes que movían el tostador del café. Las mujeres al andar sonaban los tacones, debajo de los paraguas, y Federico se asomaba á la portezuela para ver si distinguía la fisonomía de la señora de Arnoux, á quien una casualidad podía haber obligado á salir.

Desfilaban las tiendas, aumentaba la gente, el ruido se hacía más fuerte. Después del muelle San Bernardo, el muelle de la Tournelle y el

muelle de Montebello; tomaron por el muelle Napoleón. Federico quiso ver las ventanas de ella, que estaban lejos. Pasaron luego el Sena por el Puente Nuevo, bajaron hasta el Louvre; y por las calles de San Honorato, Cruz de Pequeños Campos y del Bouloi, llegaron á la calle Coq Héron; y entraron en el patio del hotel.

Para hacer más duradero su placer, Federico se vistió lo más lentamente posible, y hasta se fué á pié al bulevar de Montmartre; sonriendo ante la idea de volver á ver, enseguida, aquel nombre querido en la plancha de mármol; levantó los ojos, y nada; ni vitrinas, ni cuadros.

Corrió á la calle Choiseul; los señores de Arnoux no vivían allí, y una vecina guardaba la portería; Federico esperó; por fin apareció el portero, que ya no era el mismo, y no conocía las nuevas señas.

Federico entró en un café, y mientras almorzaba, consultó el Almanaque del Comercio. Había en él trescientos Arnoux, pero no Jacobo Arnoux. ¿Dónde pues habitaban? Pellerin debía saberlo. Se trasladó á su taller, todo lo alto del barrio Poissonnière. Como la puerta no tenía ni campanilla, ni picaporte, dió puñetazos, llamó y gritó. El vacío le contestó únicamente.

Pensó enseguida en Hussonnet ¿pero dónde encontrar á un hombre semejante? Una vez le

había acompañado hasta la casa de su amante, calle de Fleurus. Llegado á la calle de Fleurus Federico se apercibió de que ignoraba el nombre de la señorita.

Recurrió á la prefectura de policía; anduvo de escalera en escalera, de oficina en oficina. La de noticias se cerraba y le dijeron que volviera al día siguiente.

Después entró en casa de todos los comerciantes de cuadros que pudo hallar, para saber si conocían á Arnoux. El Sr. Arnoux no hacía ya el comercio.

Por fin, desanimado, cansado, malo, se volvió á su hotel y se acostó. En cuanto se estiró entre sábanas, una idea le hizo saltar de alegría.

—Regimbart, ¡qué imbécil soy!—no haberse-me ocurrido.

Al día siguiente, desde las siete, llegó á la calle de Nuestra Señora de las Victorias, delante de una tienda de licores, en que Regimbart tenía costumbre de tomar su copa de Jerez. No estaba todavía abierta, dió un paseo por los alrededores, y al cabo de una media hora se presentó allí de nuevo. Regimbart saltó; Federico se lanzó á la calle, hasta creyó distinguir á lo lejos su sombrero; un carro fúnebre y coches del duelo se interpusieron; y cuando desapareció el obstáculo, la visión desapareció también.

Felizmente recordó que el ciudadano almorzaba todos los días á las once precisamente en un pequeño restaurant de la plaza Gaillon. Se trataba de tener paciencia, y después de un interminable andar desde la Bolsa á la Magdalena, y de la Magdalena al Gimnasio, Federico, á las once en punto entró en el restaurant de la plaza Gaillon, seguro de encontrar allí á su Regimbart.

—No le conozco—dijo el bodegonero con tono arrogante.

Federico insistió, y él repuso:

—Ya no le conozco, caballero—con un fruncimiento de cejas majestuoso y movimiento de cabeza que designaban un misterio.

Pero en su última entrevista el ciudadano había hablado del cafetín Alexandre. Federico tragó un bizcocho, y saltando á un carruaje, preguntó al cochero si no había en alguna parte, en las alturas de Santa Genoveva, un cierto café Alexandre. El cochero le llevó á la calle de los Francos Burgueses de San Miguel á un establecimiento de aquel nombre; y á su pregunta:

—¿El Sr. Regimbart?

El cafetero le respondió con sonrisa extrañable:

—No le hemos visto todavía, caballero—mientras que lanzaba á su esposa, sentada detrás del mostrador, una mirada de inteligencia.

Y al punto, volviéndose hacia el reló, añadió:

—Mas espero que le tendremos dentro de diez minutos, un cuarto de hora lo mas tarde. Celestino, pronto, los periódicos. ¿Qué desea tomar el señor?

Aunque no tenía necesidad de tomar nada, Federico se bebió una copa de ron, después una copa de kirsch, después una copa de curacao, después diferentes grogs, fríos y calientes. Leyó y releyó todo el *Siglo* del día; examinó hasta los granos del papel de la caricatura del *Charivari*; por fin se llegó á saber los anuncios de memoria. De cuando en cuando sonaba ruido de botas en la acera, era él, y la figura de alguno se perfilaba en los cristales; pero siempre pasaban de largo.

Para no aburrirse Federico mudaba de sitio; fué á colocarse al fondo, luego á la derecha, luego á la izquierda, y permanecía en medio de la banqueta con los dos brazos extendidos; pero un gato, rozando suavemente el terciopelo del respaldo, le causaba sobresaltos, saltando de repente para lamer las manchas de azúcar en los platillos; y el niño de la casa, intolerable cominillo de cuatro años, jugaba con una carraca en el mostrador. Su mamá, mujercita paliducha, de dientes picados, sonreía con aire estúpido. ¿Qué podía hacer Regimbart? Federi-

co le aguardaba perdido en un malestar ilimitado.

La lluvia sonaba como granizo, sobre la capota del coche. Por la abertura de la cortina de muselina, veía al pobre caballo en la calle, más inmóvil que un caballo de madera. El arroyo se hizo enorme, y corría entre los rayos de las ruedas, y el cochero, abrigándose con la manta dormitaba; pero temiendo que su burgués se esquivara, de cuando en cuando entreabría la puerta, lleno de agua como un río, y si las miradas pudieran secar las cosas, Federico hubiera disuelto el reló á fuerza de fijar en él los ojos, y sin embargo, andaba. El Sr. Alexandre se paseaba de lo ancho á lo largo, repitiendo:

—Va á venir, vaya; va á venir.

Y para distraerle hacía discursos y le hablaba de política, llevando su complacencia hasta proponerle una partida de dominó.

En fin, á las cuatro y media, Federico, que estaba allí desde el mediodía, se levantó de un salto, declarando que no aguardaba más.

—Yo tampoco comprendo nada de esto—respondió el cafetero con aire cándido—es la primera vez que falta el Sr. Ledoux.

—¿Cómo el Sr. Ledoux?

—Pues, sí, señor.

—He dicho Regimbart—exclamó Federico exasperado.

—Perdone usted; está usted equivocado. ¿No es verdad, señora Alexandre que el señor ha dicho Sr. Ledoux?

Y añadió interpelando al mozo:

—Tu lo has oído, también, como yo.

Para vengarse de su amo, sin duda, el mozo se contentó con sonreír.

Federico se hizo llevar hacia los bulevares, indignado por el tiempo perdido, furioso contra el ciudadano, implorando su presencia como la de un Dios, y bien resuelto á extraerle del fondo de las cuevas más profundas. El coche le molestaba y lo despidió; sus ideas se confundían; después todos los nombres de los cafés que había oído pronunciar por aquel imbecil se ofrecían á su memoria, á la vez, como las mil piezas de los fuegos artificiales: café Gascard, café Grimbert, café Halbout; cafetín Bordelés, Habanero, del Havre, del «Buey á la moda», Cervecería Alemana, Madre Morel, y se trasladó á todos sucesivamente. Pero en uno, acaba de salir Regimbart; en otro, quizás iría; en el tercero no le habían visto hacía seis meses; en otra parte había encargado ayer una pierna asada de carnero, para el sábado. Por fin, en casa de Vautier, botillería, al abrir la puerta tropezó con el mozo.

—¿Conoce usted al Sr. Regimbart?

—¿Cómo si le conozco, caballero? Soy yo

quien tiene el honor de servirle. Está arriba; acaba de comer.

Y con la servilleta en el brazo, el mismo dueño del establecimiento se le acercó y le dijo:

—¿Pregunta usted por el Sr. Regimbart, caballero?—Hace un momento estaba aquí.

Federico lanzó un juramento; pero el cafetero afirmó que le encontraría en casa de Bouttevilain, infaliblemente.

—Doy á usted mi palabra de honor. Se ha marchado un poco antes que de costumbre por que tiene una cita de negocios con unos señores. Pero le encontrará usted, repito, en casa de Bouttevilain, calle de San Martín, 92, segunda escalera, á la izquierda, en el fondo del patio, entresuelo, puerta de la derecha.

Por fin le vió á través del humo de las pipas, solo, en el fondo de un cuartito cerca del billar, con una copa delante, la barba baja y en actitud meditabunda.

—Hace mucho tiempo que le busco á usted.

Sin conmoverse, Regimbart le alargó dos dedos solamente, y como si le hubiera visto la vispera dijo muchas frases insignificantes acerca de la apertura de las sesiones.

Federico le interrumpió, preguntándole con el aire más natural que pudo:

—¿Arnoux está bien?

La respuesta tardó en llegar, porque Regimbart gargarizaba con su líquido.

—Sí; no está mal.

—¿Dónde vive ahora?

—Pues... calle Paradis-Poissonnière. contestó admirado el ciudadano.

—¿Qué número?

—Treinta y siete, pardiez, tiene usted gracia.

Federico se levantó.

—¡Cómo! ¿se marcha usted?

—Sí, sí; tengo un encargo, un negocio que olvidaba, adios.

Federico fué desde el cafetín á casa de Arnoux, como impulsado por un viento tibio y con la tranquilidad extraordinaria que se experimenta en los sueños.

—Encontróse muy pronto en un piso segundo, delante de una puerta cuya campanilla sonaba; se presentó una criada; una segunda puerta se abrió; la señora de Arnoux estaba sentada junto al fuego. Arnoux dió un salto y lo abrazó.

Tenía ella en sus rodillas un niño de tres años, próximamente; su hija, tan alta ya como su madre, estaba de pié, al otro lado de la chimenea.

—Permítame usted que le presente á este

caballero —dijo Arnoux, tomando á su hijo en brazos.

Y se entretuvo algunos minutos en hacerle saltar por el aire, muy alto para recibirle con las manos.

—Vas á matarle; ¡ah, Dios mío! acaba ya— exclamó la señora de Arnoux.

Pero Arnoux, jurando que no había peligro en aquello, seguía y hasta ceceaba las caricias en jerga marsellesa, su lengua natal. Después preguntó á Federico por qué había estado tanto tiempo sin escribirles, lo que había podido hacer allá, lo que le traía acá.

—Yo, ahora, querido amigo, soy comerciante en porcelanas. Pero hablemos de usted.

Federico alegó un largo proceso, la salud, de su madre; insistiendo mucho sobre este punto para hacerse interesante. En resumen, que se fijaba en París definitivamente esta vez; y no dijo nada de la herencia, temiendo perjudicar su pasado.

Las cortinas, como los muebles, eran de damasco de lana marrón; dos almohadones se juntaban sobre el travesero; una olla se calentaba en los carbones, y la pantalla de la lámpara, colocada en el borde de la cómoda, daban sombra á la habitación. La señora de Arnoux tenía un traje de casa, de merino grueso azul. La mirada vuelta hacia las cenizas y con

una mano sobre el hombro del chiquillo, desataba con la otra el lazo de la almilla; el muchacho, en camisa, lloraba rascándose la cabeza, como el Sr. Alexandre, hijo.

Federico esperaba espasmos de alegría; pero las pasiones se enfriaban cuando se las saca de su centro, y no encontrando ya á la señora de Arnoux en el medio que la había conocido, le parecía haber perdido algo, que sufría como una degradación; que no era, en fin, la misma. La tranquilidad de su corazón le dejó estupefacto. Le informó de los amigos antiguos, de Pellerin, de los demás.

—No le veo con frecuencia—dijo Arnoux.

Ella añadió:

—Ya no recibimos como antes.

¿Era para advertirle que no le harían ninguna invitación? Pero Arnoux, continuando sus cordialidades le censuró no haber venido á comer con ellos, de improviso, y explicó por qué había cambiado de industria.

—¿Qué quiere usted hacer en una época de decadencia como la nuestra?

La gran pintura ha pasado de moda. Además, puede llevarse el arte á todo. Ya sabe usted, amigo mío, que yo amo lo bello. Es preciso que le enseñe á usted mi fábrica un día de estos.

Y quiso mostrarle inmediatamente algunos

de sus productos, en su almacén del entre-suelo.

Los platos, las soperas, las fuentes y las jofainas llenaban el suelo. Junto á las paredes grandes ladrillos para cuartos de baño y tocadores, con asuntos mitológicos, estilo renacimiento, mientras en el centro contenía un doble armario que llegaba hasta el techo, vasos para helado, tiestos para flores, candelabros, pequeñas jardineras y grandes estatuas polícromas figurando un negro y una pastora «pompador». Las explicaciones de Arnoux fastidiaban á Federico que tenía hambre y frío.

Corrió al café Inglés, cenó allí espléndidamente, y se decía mientras iba comiendo:

—¡Qué candidez la mía con mis dolores de allá! ¡apenas si me ha conocido! ¡qué burguesa!

Y por una brusca expansión de salud, formó resoluciones de egoísmo. Sentía su corazón tan duro como la mesa en que apoyaba sus codos; podría ya lanzarse al mundo sin temor. Se acordó de los Dambreuse, á los que utilizaría; después, de Deslauriers. ¡Ah! ¡tanto peor! Sin embargo, le mandó por un mandadero una carta citándole para el día siguiente en el Palacio Real, para almorzar juntos.

La fortuna no era para este tan propicia. Habíase presentado al concurso de inaugura-

ción con un discurso *sobre el derecho de testar*, en que sostenía que debía limitarse todo lo más posible, y su contrincante, excitándole á decir tonterías, consiguió que dijera muchas, sin que los examinadores cayeran en la cuenta. Después quiso la casualidad que sacara á la suerte, para asunto de la lección, la prescripción. Entonces Deslauriers se había entregado á teorías deplorables; los pleitos antiguos debían producirse como los nuevos; ¿por qué el propietario había de verse privado de sus bienes? ¿por qué no pudiera suministrar sus títulos, sino después de treinta y un años corridos? Aquello era dar la seguridad del hombre honrado al heredero del ladrón enriquecido. Todas las injusticias estaban consagradas por una extensión de aquel derecho, que era la tiranía, el abuso de la fuerza. Y hasta llegó á exclamar:

—Debe abolirse; y los francos no pesarán más sobre los galos, los ingleses sobre los irlandeses, los yankees sobre los pieles rojas, los turcos sobre los árabes, los blancos sobre los negros, la policía...

El presidente le interrumpió, diciendo:

—Bien, bien, caballero; no tenemos nada que ver con las opiniones políticas de usted; más adelante se presentará usted.

Deslauriers no había querido presentarse. Pero aquel desdichado título XX del libro III

del Código civil, se había convertido para él en una montaña de dificultades, y elaboraba una gran obra sobre *la prescripción, considerada como base del derecho civil y del derecho natural de los pueblos*; y se hallaba perdido con Dunod, Rogerius, Balbus, Merlin, Vazeille, Savigny, Troplong y otras lecturas importantes. Para entregarse á ellas con más libertad, había dimitido su plaza de pasante mayor; vivía dando repasos, fabricando discursos, y en las sesiones de la academia de práctica forense, excitaba por su virulencia al partido conservador, á todos los jóvenes doctrinarios descendientes de Guizot; tanto, que tenía entre cierta gente una cierta celebridad, un poco mezclada de desconfianza hacia su persona.

Elegó á la cita, llevando un grueso paletó forrado de lana encarnada, como el de Sénecal antes.

El respeto humano, por causa del público que pasaba, les impidió apretarse largamente y fueron hasta casa de Vefour, del brazo, sonriendo de placer, con una lágrima en el fondo de los ojos.

Después, desde que estuvieron solos, Deslauriers exclamó:

—¡Ah, pardiez, vamos á pasarlo bien ahora!

Federico no gustó de aquella manera de asociarse inmediatamente á su fortuna. Su

amigo demostraba demasiada alegría para ellos dos y no mucha para él solo.

Aseguida Deslauriers contó su caída, y poco á poco, sus trabajos, su existencia, hablando de sí mismo estoicamente y de los demás con acritud; todo le desagradaba; ni un solo hombre de posición, que no fuera un pillo ó un canalla. Por un vaso mal enjuagado se encolerizó contra el mozo, y ante la censura anodina de Federico, dijo:

—¡Como si yo fuera á violentarme por semejantes majaderos, que ganan hasta seis y ocho mil pesetas anuales, que son electores, quizás elegibles! ¡Ah! no; no.

Y añadió con aire jovial:

—Pero olvido que hablo á un capitalista, á un Mondor, porque tu eres ahora un Mondor.

Y volviendo al asunto de la herencia, expresó esta idea: que las sucesiones colaterales (cosa injusta en sí, aunque se alegraba de aquella) serían abolidas, un día, en la próxima revolución.

—¿Lo creés?—dijo Federico.

—Cuenta con ello—respondió.—Esto no puede durar; se sufre mucho. Cuando veo en la miseria gentes como Sénecal..

—Siempre él, Sénecal—pensó Federico.

—¿Qué hay de nuevo, hablando de otra cosa?

¿Estás aún enamorado de la señora de Arnoux? Se pasó ¿eh?

Federico, no sabiendo qué contestar, cerró los ojos bajando la cabeza.

Apropósito de Arnoux, Deslauriers le contó que su periódico pertenecía entonces á Hussonnet, que lo había transformado. Aquello se llamaba «*El Arte*, instituto literario, sociedad por acciones de cien pesetas cada una; capital social: cuarenta mil pesetas,» con la facultad para cada accionista de llevar allí su trabajo; porque «la sociedad tiene por objeto publicar las obras de los principiantes, evitar al talento, quizás al génio, las dolorosas crisis que atraviesa... etc.» ¿Ves la cosa? Podía, sin embargo, hacerse algo, elevar el tono de dicha publicación, después de repente, conservando los mismos redactores y prometiendo que continuarían los folletines, servir á los suscriptores un periódico político; los anticipos no serían enormes.

—¿Qué piensas tú de eso? ¿quieres entrar en el asunto?

Federico no rechazó la proposición; pero era preciso esperar el arreglo de sus negocios.

—Ahora, si necesitas algo...

—Gracias, chiquito,—dijo Deslauriers.

Enseguida fumaron puros, apoyados de codos en la barandilla de terciopelo de la ventana. Brillaba el sol, suave era el viento, banda-

das de pájaros, revoloteando, bajaban al jardín; las estatuas de bronce y mármol, lavadas por la lluvia, relucían; niñeras, con delantal, hablaban sentadas en sillas, y se oían las risas de los niños, con el murmullo continuado que producía el canastillo del agua de la fuente.

Federico se había preocupado con la amargura de Deslauriers; pero por la influencia del vino que circulaba por sus venas, medio dormido, congestionado, y recibiendo la luz de lleno en la cara, ya no experimentaba más que un inmenso bienestar, voluptuosamente estúpido, como una planta saturada de calor y humedad.

Deslauriers, con los párpados entreabiertos, miraba á lo lejos vagamente. Su pecho se levantaba y se puso á decir:

—¡Ah! ¡aquello era más humano, cuando Camilo Desmonlins, de pié allí sobre una mesa, lanzaba al pueblo á la Bastilla. En aquel tiempo se vivía; podía uno afirmarse, probar su fuerza. Simples abogados mandaban á generales; descamisados abatían á los reyes, mientras que ahora...

Se calló y de repente añadió:

—¡Bah, el porvenir es grande!

Y tocando el tambor en los cristales, declamó estos versos de Barthélemy:

«Reaparecerá la terrible Asamblea

que, pasados cincuenta años, aún turba vuestra cabeza,
coloso que arranca sin temor con potente
paño...

—No sé lo demás. Pero es tarde y debíamos marcharnos.

Y siguió exponiendo por la calle sus teorías.

Federico, sin escucharle, observaba en los escaparates de los comerciantes las telas y los muebles convenientes para su instalación; y quizás fuese el pensamiento de la señora de Arnoux el que le hizo detenerse en una tienda de curiosidades ante unos platos de barro adornados de arabescos amarillos, de reflejos metálicos y cuyo valor era trescientas pesetas cada pieza, haciendo que se las separaran.

—Yo en tu lugar—dijo Deslauriers—me compraría mejor objetos de plata, demostrando en aquel amor á lo sólido el hombre de procedencia mediana.

En cuanto se quedó solo, Federico se dirigió á casa del célebre Pomadère, á quien encargó tres pantalones, dos fracs, un gabán de pieles y cinco chalecos; luego casa de un zapatero, de un camiserero y de un sombrerero, ordenando en todas partes, que se dieran la mayor prisa posible.

Tres días después, por la tarde, á su regre-

so del Havre, encontró en su casa su guardarropa completo, é impaciente por usarlo, resolvió hacer en el mismo instante una visita á los Dambreuse. Pero era demasiado temprano, apenas las ocho.

—¡Si fuera á casa de los otros!—se dijo.

Arnoux, solo, delante de un espejo, estaba afeitándose, y le propuso llevarle á un sitio en que se divertiría. Al oír el nombre del señor Dambreuse, añadió:

—¡Ah, perfectamente. Verá usted allí amigos suyos; venga usted, estará eso gracioso.

Federico le escuchaba; la señora de Arnoux conoció su voz y le dió las buenas noches, no se encontraba bien; y oíase el ruido de una cuchara contra un vaso y todo ese rumor de cosas que se mueven suavemente en el cuarto de un enfermo.

Arnoux desapareció para despedirse de su mujer, y le daba razones:

—Tú sabes perfectamente que es una cosa seria; es preciso que vaya allí; es necesario; me esperan.

—Véte, véte, amigo mío, diviértete.

Arnoux tomó un coche.

—Palacio Real, galería Montpensier, 7.

Y dejándose caer en los cojines, añadió:

—¡Ah! ¡Que cansado me siento, querido amigo; reventaré. A usted puedo decirlo.